

**En llanuras
insulares,
el delirio**

José Raúl Lamoyi



TABASCO
CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

**Premio Tabasco de Cuento
Bruno Estañol
2019**

José Raúl Lamoyi

PREMIOS
FILELI

Primera edición: 2020

© José Raúl Lamoyi

© 2020, Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8735-45-7

Impreso en Villahermosa, México - *Printed in Villahermosa, Mexico*

**En llanuras
insulares,
el delirio**

José Raúl Lamoyi

La brecha

El origen de muchos delirios es un latido venenoso.

«En el mismo barco», Rudyard Kipling

Todo se vino abajo en La Cueva de los Alebrijes, con Abigail sentada frente a mí, hablando sin tregua y al borde del llanto, segura de encontrarse en posesión de la verdad. En la tensa y contenida disputa que sostuvimos en aquel modesto café, no hubo la menor insinuación de acuerdo.

Nos conocimos en el congreso sobre interdisciplinariedad y rigor científico aplicado a la investigación en ciencias sociales, de la semana pasada. Fui uno de los conferencistas; Abigail me abordó, clausurado el evento, seducida por las maneras afables y poco enigmáticas que tenía para tratar temas complejos. Qué ternura me invadió, sentados frente a sendos cafés en un Starbucks: se sonrojaba y pedía disculpas cada dos oraciones; temía estar quedando como una tonta. Aquella criatura delgada y voluptuosa, de ojos almendrados, pormenorizó durante nuestra primera entrevista la investigación que realizaba para licenciarse; incapaz de transmitir el sentido general de aquel documento, se abochornaba infinitamente.

—Usted es muy perspicaz —decía, sosteniendo la mirada y esforzándose por aparentar propiedad.

Tentado a decirle que se relajara y fuera ella misma, me abstuve de suge-

rírsele. No paraba de adularme; la supuse rendida al trato cortés y a la agudeza de mis comentarios. Hacia el final de la tertulia, alcanzamos un alto grado de intimidad. Mis fracasos previos con otras estudiantes rendían ahora un fruto del que me arrepentiría muy pronto, pero que me pareció dichoso en aquel instante de manos entrelazadas y abrazos espontáneos. Como nunca había llegado tan lejos, no supe conducirla al motel: preferí postergar el encuentro de nuestros cuerpos; mejor dicho, el miedo me impidió poseerla aquella primera noche.

La casualidad es una puta esquivada: se presenta sobre el cruce de dos calles una sola vez. Lo aprendería de la manera dura. Me limité a reproducir mi acostumbrada estrategia de intercambiar números telefónicos y ponerme a su disposición. La escolté en mi sedán hasta un sitio de taxis en el Parque de la Amnistía. Ahí me dio un beso. Se tomó su tiempo, jugueteó con su lengua entre mis dientes, y abandonó el vehículo dejándome expuesto a salvajes trepidaciones bajo la bragueta. Mientras se alejaba, me quedé observando los dos gráciles asteroides dispuestos sobre sus piernas largas.

Esa misma noche, acostado junto a Carlota, me llegaron invitaciones de Facebook, Twitter, Instagram y, como habíamos acordado, el borrador de su tesis. Comencé a revisar el archivo y me desentendí, prudentemente, de las invitaciones: mis redes sociales estaban configuradas para que solo el limitado número de colegas y familiares, a quienes aceptaba eventualmente, tuviera acceso a las fotografías con mi esposa.

Abigail envió al filo de las diez un largo mensaje en el que, en resumidas cuentas, aseguraba haberse pasado una tarde noche maravillosa junto a mí: no podía esperar para repetirla. ¿Me era posible reunirnos exactamente dentro de una semana? No respondí enseguida. Decidido a contestar hasta la mañana siguiente, según yo con la intención de producirle mediante tal artimaña cierta romántica angustia, silencié nuestro chat de WhatsApp, y revisé sus fotografías *online* en tanto Carlota veía películas con los audífonos puestos. Pude recrearme la pupila, apreciar a mis anchas el cuerpo de Abigail en traje de baño, dentro de una piscina y sobre una silla plegable; caracterizada como Gatúbela, extendía las garras y simulaba un gruñido cuando comenzaron a replicarse las salvajes trepidaciones de la tarde, esta vez bajo mi pijama.

No hice el menor esfuerzo por reprimir el libre curso de la imaginación. Pronto tuve los ánimos completamente erguidos, y busqué la manera de darles gusto con lo que tenía al alcance. Retiré cuidadosamente a Runa, que hasta entonces había permanecido en mi regazo, colocándola sobre la alfombra. Sortilegio, acurrucado entre Carlota y yo, opuso mayor resistencia, pero finalmente conseguí desalojarlo de la cama. Comencé a llamar la atención de mi esposa acariciándole los muslos.

Le hice el amor pensando en Abigail. Era la exuberante tesista la que me manoseaba la entrepierna, sirviéndose del desparpajo con que me había sujetado las manos y abrazado espontáneamente en el café. Nada tenía en común con Carlota, habitualmente distante y rí-

gida, mecánica hasta el extremo de contagiar su apatía. Me vine como recordaba apenas haberlo hecho, bastante tiempo atrás. Para Carlota tampoco estuvo mal:

—Tenía rato que no lo hacíamos así —reconoció o eso me pareció escuchar o eso imaginé, dejándome llevar por mi naturaleza inventiva aún alborotada.

A esta cualidad agradecía la sensación alucinante de continuar escuchando dentro de mi cabeza los estertores de Abigail. Y me decía que, si así había resultado el mero sucedáneo, su cumplimiento no podía irle en zaga.

El agradable peregrinaje por las praderas de la esperanza y el sueño se vio interrumpido por un áspero comentario de Carlota:

—¿Ya te vas a dormir?

Ante mi silencio, agregó:

—Nada más me alteras y me dejas sola.

Asumí una postura de costado. Desde el alfombrado, Runa y Sortilegio me observaban, serenos. En sus expresiones inmutables reconocí cierta censura. Molesto porque la actitud de Carlota contrariaba mi satisfacción plena, me quedé dormido, procurando solazarme con el recuerdo lozano de Abigail.

Desperté a la mañana siguiente; amparado tras la puerta corrediza del retrete, luego de haberle dado un indolente repaso a las fotografías de Abigail, respondí afirmativamente su mensaje. ¿Conocía La Cueva de los Alebrijes, cerca del parque Benemérito de las Américas? Más tardé en formular la pregunta que ella en contestar: nos veríamos en el café, en seis días, a las cuatro de la tarde.

El día del encuentro, aparqué el sedán en un estacionamiento de cuota y me encontré en el sitio acordado treinta minutos antes. Abigail se presentó dos horas tarde. Quise largarme todo el tiempo de la espera; sujeto por el deseo, permanecí observando, a través de la única ventana del local, un escaño de concreto húmedo. Un almendro lo amparaba a medias de la menuda llovizna. Entre las plúmbeas nubes asomaban a ratos serpentinas de sol asperjadas de iridiscentes destellos, que me dediqué a estudiar minuciosamente para matar las horas muertas; cada vez que me asaltaba el impulso de marcharme, interpretaba aquellos resplandores como señales favorables y declaraba para mis adentros: Ten calma, llegará pronto. Así dejaron de ser las cuatro y la cinco. Minutos después de las seis, reconocí su esbelto perfil, recortado bajo el dintel del acceso. Intentó disculparse:

—Cualquier espera es mínima, tratándose de ti —espeté, aunque no creo haber disipado completamente de mi voz el tono de reproche.

Terminé de disculparla tan pronto me percaté que se había pintado el cabello y su atuendo daba muestras de un equilibrio concienzudo. Los *jeans* entallados y la negra blusa escotada armonizaban perfectamente con el mullido chaleco impermeabilizado de color lavanda. Incluso los pendientes y el collar laminados en oro hacían juego con su paraguas amarillo. Se había esmerado por mí. Se lo hice notar, mientras le besaba una mejilla y deslizaba el asiento para que se sentara:

—Quería verme hermosa para ti —dijo.

Fallaron todas mis previsiones. Durante aquel paréntesis entre un encuentro y el siguiente, Abigail me había estado bombardeando con mensajes cuyas respuestas lacónicas me dictaba el cálculo. Ella desplegaba un vasto arsenal y yo me limitaba a contestar con monosílabos, persuadido por la ocurrencia de producirle angustia romántica. Extrañamente, no quería mentirle, y, como ya he declarado con anterioridad, mi pericia en las maniobras del engaño era exigua, por no decir nula. En lugar de sondear a mis colegas de la universidad, más doctos en esta compleja disciplina, acudí a las reminiscencias de mis lecturas juveniles. Me pareció que bastaría el influjo de una intensa pasión para que Abigail aceptara estar conmigo, a pesar de Carlota.

Creía que, a través de la honestidad con al menos una de las partes involucradas, lograría anticiparme a las demandas futuras de más tiempo; también a las consecuencias trágicas de una infidelidad. Pero no era solo eso, sino también cierta ternura superviviente hacia Carlota. Tampoco descarto la satisfacción que me hubiera aportado ventilar entre mis colegas un catálogo de dos mujeres simultaneas, más las que se fueran sumando.

Primero hablé de su tesis en términos elogiosos, sin excederme. El tan ansiado segundo motivo de la entrevista me impulsó a revelarle con pasmosa inocencia:

—Estoy casado. No tiene que ser una razón para no tratarnos *cariñosamente*.

Aguardé una respuesta, estudiando su expresión desencajada. Luego de

algunos segundos, asumió súbitamente una actitud rígida. De su ojo izquierdo se descolgaron unas cuantas lágrimas mezcladas, no me cabe ahora la menor duda, con destellos de orgullo y dignidad. Sus palabras fueron categóricas:

—Si quieres estar conmigo, debes terminar con tu esposa.

Taladraron el espacio desde sus labios hasta mis oídos. Estoy seguro del papel que jugaron: no solo se empotraron en el aire, transmitiéndome su mensaje, sino que, en aquel principio del fin, abrieron una suerte de fisura casi imperceptible en el espacio comprendido entre su cuerpo y el mío, algo así como la insinuación de una línea irregular y prolongada, verticalmente dispuesta y suspendida en el aire.

—Si quieres tenerme, tendrás que terminar con tu esposa —repitió.

Permanecí en silencio, porque invertía mis esfuerzos en desentenderme del extraño asunto que, de alguna manera, escorbaba el cuerpo de Abigail. No es que Abigail estuviese contorsionándose para evitar confrontarme con la mirada o intentase ocultar sus lágrimas; todo lo contrario, ella procuraba desafiarme observándome fijamente. La nueva disposición de su semblante obedecía a una repentina alteración del espacio en el que sosteníamos nuestra disputa.

Los ingenieros y arquitectos suelen representar las proyecciones de su imaginación sirviéndose de la perspectiva isométrica. Más o menos de esta forma se me presentaba ahora el semblante de Abigail, cuyo rostro miraba, ignorándolo por completo, hacia donde levitaba la fi-

sura, como si se tratase del punto de origen de la perspectiva.

A su vez, yo había ganado un campo de visión mucho más amplio, cuyo centro era eso hacia lo que todos los objetos convergían. Hacia aquel incipiente abismo se inclinaban los rostros y espaldas de los comensales. Era el vértice desde el cual todo provenía, una suerte de horizonte del que perpetuamente emergían cuerpos y al que los cuerpos afluían: las lámparas del techo, los cuadros y paisajes en las paredes, la caja registradora, las puertas de la cocina y de los servicios. Los meseros enfilaban hacia esta inflexión, haciéndose a cada paso más angulosos, para reaparecer inmediatamente en el extremo opuesto de la curvatura, robusteciéndose sus miembros conforme se alejaban de esta y se aproximaban a mí.

En algún momento dejé de escuchar. Abigail me hablaba y yo era consciente del cáustico movimiento de sus labios. Destrozaba, una a una, todas mis especulaciones: el andamiaje del cálculo con el que había pretendido pasar por las armas a la bella tesista.

Por lo que alcancé a comprender, hablaba de la dignidad que merecía como persona. Aunque hasta el momento no tengo del todo claro si sus palabras me llegaban como amortiguadas porque la brecha trastornaba la acústica del entorno, o porque el fastidio de ver frustradas mis especulaciones me había herido el amor propio. Podía sentir el rostro contraído en un rictus cínico, como no dando crédito a lo que estaba escuchando y quisiera, a través de las cejas enarcadas y una media sonrisa, imponer mi voluntad sobre la virtud de Abigail.

El remordimiento de no haberle añadido a mi comportamiento un matiz conciliatorio me empuja a suponer que, de haberlo hecho, todo hubiera vuelto a la normalidad tan repentinamente como se originó la brecha. En cambio, permití que Abigail continuara hablando hasta desahogarse.

Cuando terminó, declaré con una nota de frío orgullo:

—Lamento que tengas una mentalidad tan primitiva.

Me erguí, vacilante, porque con el nuevo campo de visión, dividido en dos paneles, no estaba muy seguro de la orientación que debía imprimir a mis pasos. A mis espaldas, Abigail gritaba mi nombre. Estuve a punto de derribar a un mesero que, valiéndose de un escorzo, logró mantener erguida una enorme charola de aluminio. Abigail acentuó la noche con un último arpegio:

—¡Cabrón!

Supe encontrar la puerta y dirigirme en la creciente penumbra hasta el estacionamiento público.

Media hora más tarde, tan pronto advirtió el grado de mi desconcierto, Carlota me sometió a un exhaustivo interrogatorio. Como no era capaz de explicar la naturaleza del mal que me aquejaba, y prefería soslayar la causa, fingí cansancio para retirarme a la cama; extendido sobre las colchas, simulé dormir. Al poco rato, advertí que Carlota arrellanaba su cuerpo sobre mi pecho. Ella no sospechaba el terror que me embargaba mientras lloraba. Yo daba rienda suelta a los ronquidos simulados para convencerla de la profundidad del sueño, pero debajo de los párpados vivía una pesadilla: el

contorno de la brecha continuaba nítidamente trazado sobre el lienzo oscuro de los ojos cerrados; peor aún, sus bordes se ensanchaban como si se dispusiesen a engullirme.

Siempre fui un escéptico de las religiones, pero en la reciente noche de vigilia repasé mentalmente todas las enseñanzas desoídas durante los domingos de la infancia, procurando encontrar inútilmente en la fe los pies y la cabeza de la inaudita circunstancia. Tampoco hallé respuesta entre los diversos filósofos devotos y seculares ni en las teorías de la cuarta dimensión y el gran desgarramiento.

Llegó la luz, y las condiciones continuaban agravándose: abierta en vertical, desde el cielo infinito hasta el profundo infierno, la brecha se encontraba a dondequiera que mirase. Ahora veía a las personas y a los objetos completamente de perfil.

Carlota debió notar mi extrema inquietud. Reemprendió el exhaustivo interrogatorio, ¿estaba bien?, ¿me dolía algo?, ¿quería ver a un médico?, además de hacer una descripción pormenorizada de lo que, minutos más tarde, corroboré en el perfilado espejo del baño: cargaba un rostro completamente exangüe, sudoroso y compungido, como si una visión del más allá me estuviera amenazando de muerte.

Si era un castigo lo que estaba sufriendo, tenía que haber un motivo. Como una revelación, o un último esfuerzo de mi vana imaginación, lo hallé o creí hallarlo hace un momento en la naturaleza de la poesía. La solución solo podía estar en el espejo de este otro espejo infi-

nito: el universo; es decir, en el reflejo de ese algo mucho más profundo e inaprensible para la humana cordura. Si el poeta es un pobre remedo de un dios creador, o de una serie de demiurgos creadores, alguno de estos habrá practicado conmigo, triste personaje, una hipérbole. ¿Por qué o para qué? Solo puedo vincular ideas y retazos de ideas.

Dentro de la poesía mítica existe un sitio de privilegio para la moral, y, aunque a través de diversas corrientes de pensamiento el hombre no haya logrado señalar la censura que, por contraste, hace permisible una cantidad limitada de acciones, entendemos que algo debe estar prohibido. Yo, criatura de un autor, para mi desgracia, moralizante, debo constituir el ejemplo mediante el cual se desea ilustrar la distancia ominosa entre mi pensamiento liberal y el pensamiento virtuoso de Abigail, así como las consecuencias de una acción censurable. Por intentar corromper la buena conducta de una mujer inocente, ahora me espera este abismo que sigue abriendo sus fauces y me engulle más y más. ¿Se trata acaso de una confesión tardía de arrepentimiento por lo que intenté hacer con Abigail? ¿O quizá por el trato brusco y desleal dispensado hacia mi esposa?

Dejándose llevar por su estado de alarma, Carlota me increpa:

—Runa y Sortilegio son una mejor compañía de la que tú has sido los últimos seis meses.

Agradezco sus palabras porque representan la señal de que permanezco aún en el plano consciente. Los maullidos de Runa y Sortilegio acompañan el rumor, cada vez más distante y angustia-

do. Se le imponen con la regularidad de las brazadas de Caronte.

Pude haber dado con la explicación verdadera, o con una explicación artificiosa del mal que me aqueja. Pueden ser también los delirios de un desquiciado. Como quiera que sea, mis palabras no constituyen un testimonio, sino el esfuerzo para hacer más llevadero el descenso a este infierno.

La mujer que fue Dios

*En la actualidad, nada es posible, excepto
extender la zona de la cordura poco a poco.*

1984, George Orwell

Lo que voy a contar ocurrió en el pasado y quizá esté ocurriendo o habrá de ocurrir.

El mexicano estuvo sentado junto a mí en la barra del almacén de Ireneo. Nuestro encuentro tuvo lugar hace cinco años. Lo veía de perfil y la conversación no se habrá prolongado más de dos horas. Su nombre era Homero. Había llegado a la provincia acompañado por una mujer llamada Esther. Ambos vivían en una chacrita de alquiler a la cual se accedía por estrechos caminos de terracería. Visitaban una ciudad o pueblo de vez en cuando, para vender gallinas y comprar las provisiones más urgentes. Se habían habituado pronto a cocinar en fogón. Homero decidió entregarse a este y otros anacronismos y, solo porque la chacrita ya contaba con instalación eléctrica, no adquirió la costumbre de iluminarla con velas o linternas de querosene.

Me reveló su condición de fugitivos. Detalló los pormenores de su arribo a La Pampa sirviéndose de una inclinación natural hacia la poesía. Por aquel entonces, dijo, el calor caldeaba la atmósfera y las tórridas aguas del río exudaban un hálito bochornoso. Los edificios parecían cercados por cierta aura de antigüedad, como si el tiempo se hubiera

detenido y las fachadas, calles y personas gozaran de una vetusta juventud desde hacía varias décadas. Homero pensó que si un insólito motivo los había vuelto prófugos también era posible una incurción a un pasado cada vez más remoto. Quizá contribuyeran a aquella atmósfera las restauraciones emprendidas recientemente por el ayuntamiento, de las que daban claras muestras los andamios aún dispuestos junto a algunos edificios del centro, cerca de la plaza central. Ahí encontraron la comisaría, el palacio de gobierno, algunos almacenes y un hotelito en el cual se registraron con sus verdaderos nombres, porque el dependiente requirió sus pasaportes antes de entregar la ficha de registro. Les asignó cuarto en el tercer piso.

«Los inconvenientes para huir se encuentran compensados por una vista maravillosa», había ironizado Homero, dispuesto frente a la ventana, desde donde era posible observar la fachada del ayuntamiento y una franja de río.

Esther se colocó a un lado y atesoró la postal en su memoria. Sujetó la mano derecha de Homero y lo condujo hasta la cama. Luego de hacer el amor, hablaron largamente sobre el siguiente paso. Tarde o temprano, los atraparían: debían mantener su libertad el mayor tiempo posible; la vida era haberse encontrado y elegido permanecer juntos.

Yo no podía evitar sentirme incómodo. ¿Por qué se sinceraba con un extraño? ¿En qué lío me estaba metiendo? ¿Cómo cortar de tajo el flujo abrumador de su relato? Hice el amago de alejarme, pero me retuvo dirigiendo mi atención

hacia la pinta casi vacía que sostenía en la mano:

—Permítame invitar la siguiente ronda.

Incitado por sus afables maneras, la idea de la Quilmes patrocinada y un impulso de temeraria curiosidad, inquirí los motivos de la fuga.

Esther y él se habían conocido dieciocho meses antes, en la boda de unos amigos comunes. Ella era madrina de la novia; él fue incapaz de apartarle la vista durante todo el sacramento. Más tarde, en el transcurso de la fiesta, la sacó a bailar. Ambos eran malísimos. Esther apenas se movía y evitaba mirarlo a los ojos; Homero se contorsionaba como no lo hubiera hecho un epiléptico. El hielo terminó por romperse cuando él la llamó tronquito y Esther cedió ante su despreocupada insistencia.

A pesar de sus gafas de pasta, y el desaliñado aspecto de su larga cabellera, le pareció muy atractivo. Ancho de hombros y espaldas, tenía un cierto aire atlético que no le pasó inadvertido. Dominaba una amplia variedad de temas y poseía una perspicacia capaz de anticiparse, en las condiciones adecuadas, al comportamiento de las demás personas. Por ejemplo, ilustró Homero, una lasciva mirada del novio a una de las invitadas le había dado a entender que el matrimonio no cumpliría el año.

—Se separaron a los once meses — precisó.

Esther era incapaz de explicar aquel atributo sirviéndose de otra visión del universo que no fuera la religiosa. Lo llamaba el don de la profecía y se lo decía siempre que acertaba un pronóstico.

Homero tenía otra explicación, más elocuente, pero evitaba referírsela para que Esther no se sintiera menospreciada.

—Una amplia relación de arquetipos —me dijo, antes de inclinar la pinta.

Comprendía que las supersticiones de Esther se debían a una infinidad de circunstancias desfavorables. Le había bastado entrevistarse con su madre para reconocerla como el origen de todas las demás: la práctica religiosa, el espíritu amilanado y en ocasiones mojigato, la sujeción a las resoluciones arbitrarias de cualquier figura de autoridad... La madre de Esther ejercía sobre ella una tiranía regularmente pasiva, intervenida en ocasiones por comportamientos hostiles. Homero intentó explicárselo, y sostuvieron su primera gran disputa. No permanecieron disgustados más de cinco minutos; se disculparon y perdonaron mutuamente.

Homero decidió cambiar de estrategia. Comenzó a bombardearla con películas que abordaban los distintos mecanismos de dominación. Al cabo de ocho meses, Esther le confesó, con una mezcla de hilaridad e indignación, que su madre le estaba exigiendo el cincuenta por ciento de su salario, porque la colegiatura de la universidad privada de su hermano había sufrido un incremento. Cuando ella había estudiado en la universidad pública, le daba tiempo para trabajar y cubrir los gastos de pasajes y manutención: no entendía por qué él no podía hacer lo mismo.

—Se encontraba al borde de la histeria —detalló Homero —, su risa fue creciendo hasta que un llanto en ciernes la difuminó. Me bautizó de profeta y yo

me congratulé por haberla liberado de la manipulación materna; me recriminé haberlo conseguido mediante otra forma de manipulación. Entre sus alaridos gritaba que aquella casa estaba repleta de agujeros negros.

—¿Agujeros negros? —repetí.

—Las cosas desaparecían. Compraba su despensa y al cabo de unos días debía reponer yogures y embutidos. Sospechaba que algunos aretes y anillos de su propiedad se encontraban en las vitrinas de alguna casa de empeño. Expresaba mediante aquella metáfora los diversos motivos de su disgusto.

Una pausa, que se extendió por varios minutos, interrumpió el flujo de su relato. Advertí por primera vez cierta incomodidad en sus movimientos y expresión. Sopesaba la mejor manera de continuar.

La renovada actitud de Esther había hecho más frecuentes y fieras las hostilidades de su madre. «La casa está llena de agujeros negros», le echaba en cara Esther a la señora. Durante la última confrontación que sostuvieron, la voz de la madre adquirió pronto su habitual nota de contrariedad.

«¡Cómo has cambiado, hija! ¡Antes no eras así!», alcanzó a escuchar Homero, quien se hallaba en la sala, junto a la ventana; se había puesto los audífonos para intentar desentenderse de la escena eventualmente reproducida en el cuarto de aquella casa. Dedujo que la señora alzaba la voz para que él alcanzara a oír.

«La casa está llena de agujeros negros», repitió Esther.

Se escuchó un barullo procedente del cuarto: los gritos de ambas mujeres

y el revuelo de un forcejeo alertaron a Homero. De un salto se puso en pie y recorrió el breve trecho desde la sala hasta una deslucida puerta de cedro. Para entonces, un silencio absoluto se había aposentado entre los resquicios del batiente y las jambas de madera. Homero temió lo peor: la robusta señora, presa de la ira, había golpeado imprudentemente la cabeza frágil de su esbelta hija. Homero sujetó el pomo de aluminio e intentó darle vuelta. Cedió.

Esther, en el centro de la habitación, junto a la cama, parecía una estatua de cera. Miraba desconcertada hacia el espejo. La madre no estaba por ningún lado. En sus manos, Esther sujetaba unas andrajosas pantuflas color plomo.

«¿Qué pasó?», inquirió Homero, buscando indicios de la señora en el suelo y entre las sábanas. Esther le extendió las pantuflas y dijo: «Se me resbaló de las manos». Homero no comprendió. Ella le detalló los inauditos pormenores.

—El problema es que nadie iba a creernos —concluyó Homero.

Al instante, tomaron la decisión de ocultarse. ¿Quién asimilaría que, al momento de invocarlo, un agujero negro se había devorado a la madre de Esther?

—Ni siquiera Dios trabaja con tanta presteza —ironicé.

Apuraron una maleta con las cosas de Esther. Subieron al auto de Homero y enfilaron rumbo a Tenosique. Por ahí cruzarían la frontera con Guatemala. La desaparición abrupta, la decisión precipitada, el presentimiento de haberse vuelto locos o estar soñando, infundían a las circunstancias un extraño matiz de absurdo, a cada momento más crudo

e inquietante. Conducirían hacia el sur, se internarían en los vastos prados de la pampa argentina. Quizá en una atmósfera tan irreal como esta (así lo creía Homero) sería posible hallar una respuesta convincente para los sucesos ocurridos en el último par de horas.

Increíblemente habían llegado a su destino sin excesivos incidentes: les permitieron cruzar las líneas fronterizas acogiéndolos como hermanos; en Colombia probaron las arepas y los patacones; en Perú se acostumbraron al regusto dulzón de la chicha; los andes chilenos entusiasmaron sus almas y les permitieron olvidar un instante el desconcierto de haberse vuelto prófugos; después de atravesar un bache, el motor del conservado y discreto Aveo de Homero comenzó a emitir un chirrido que un mecánico rural solucionó hábilmente, antes de cruzar la frontera con la zona vinícola de Mendoza; celebraron con un cabernet sauvignon y una tabla de carnes frías la proximidad de su destino. Por fin los invadió cierta sensación de libertad.

Luego de dos semanas en el hotel, la idea de estar incursionando el pasado se apoderó de Homero. La ilusión de haber burlado a sus perseguidores resultaba seductora; también la de encontrarse en un enclave temporal donde estos no pudieran hacerles daño porque ni siquiera habían nacido.

—Si un insólito motivo nos había vuelto prófugos, también era posible una incursión a un pasado cada vez más remoto —insistió. A su inclinación por la elipsis y la analepsis, se incorporaba ahora la tautología. Yo comenzaba a entre-

ver el estilo propio de la literatura mítica, cultivada por su homónimo más ilustre.

Ansioso por conservar la sensación de libertad, le propuso a Esther vender el auto y rentar una chacrita. Ella no se opuso y encontraron pronto comprador. Hicieron a pie el estrecho camino de terracería, cargando la maleta de Esther y una caja con veinte polluelos.

Pronto habilitaron la modesta vivienda y levantaron un gallinero. Trabajaban de día y ocupaban las tardes emprendiendo largas caminatas alrededor de su refugio. Les gustaba sentarse junto a un acantilado durante las puestas de sol. Ahí, Homero aprovechaba para infundirle a ella y a sí mismo las fuerzas necesarias para sobrellevar el exilio. Regresaban a la chacrita, aprovechando los últimos vestigios de claridad. Después de cenar, hacían el amor y conversaban hasta quedarse dormidos.

Él le decía, en esencia, que cualquier fenómeno tenía una explicación, aunque la desconocieran. El silencio de la creación solo cedería a sus interrogantes desesperadas en la medida que fueran capaces de comprender los secretos mensajes latentes en todas las cosas del orbe. La razón quizá jamás les daría para eso, pero tal vez algunos símbolos ideales inspirados en aquellos símbolos materiales permitirían una aproximación.

Por las noches, agregó (empinando la pinta de cerveza, apenas tomando un sorbo y entregándose al gusto de paladearlo, como si se supiera capaz de abarcar todo el tiempo del cosmos mediante aquel gesto indolente), la miraba dormir y le apartaba el mechón de cabellos que le cubría la frente. Con cuánta facilidad Es-

ther se adueñaba de una calma infinita. De qué forma tan inesperada ella había decidido confiar en el criterio de Homero. La autonomía le había servido para elegir aquella sujeción que le permitía descansar en perfecta quietud. Encomendaba a la sabiduría de él la naturaleza del desenlace. La responsabilidad de la libertad o de la muerte descansaba completamente en sus manos.

Él no se amilanaba. Se aseguraba de cumplir lo mejor posible con el papel encomendado por Esther. El mensaje, reproducido una y otra vez durante sus caminatas vespertinas en las inmediaciones de la chacrita, y antes de quedarse dormidos, comenzó a refinarse. Le fueron pareciendo obvias las imperfecciones de su discurso, como ocurre con cualquier frase repetida una y otra vez. El abuso de los adjetivos, la reiteración de adverbios, las ilusorias cacofonías consecuencia de expresarse en voz alta, desaparecieron paulatinamente conforme proliferaban las puestas de sol, a escasos metros del acantilado.

En el discurso, directo y franco, terminaron por irrumpir finalmente la alegoría y la parábola, no por una subordinación abrupta al artificio, ni por un intento deshonesto de acariciar el oído de Esther, sino para hacer inteligible lo absurdo, ese punto de tensa confrontación entre al menos dos propuestas contradictorias, precisó.

—¿Se da vos cuenta de lo que estaba ocurriendo? —interpuso, dueño de una expresión alucinada que exacerbó en mí una incipiente perturbación.

Él se encargó de alentar mis nuevos afectos, a través de un complicado discurso sobre el retroceso y la evolución.

Yo asentía, flagelado por el asalto repentino de varias referencias, provenientes de diversas épocas y ámbitos. Enlisto las que recuerdo con particular claridad. Albert Camus abanderó la completa emancipación del hombre de la idea de Dios y otras formas de la esperanza. La segunda referencia, cronológicamente anterior, representa esencialmente la inversión de la primera. Se trata de la ingeniosa y mordaz prosa de Chesterton, quien descreyó abiertamente del progreso científico y procuró redimensionar la pertinencia de la fe. Antes de Chesterton, imperaba el positivismo; previamente, la Inquisición. El catolicismo se impuso a las prédicas de Arrio: los prosélitos del *Cristus* mataron a Hipatia e incendiaron la biblioteca de Alejandría. El comediante de Pablo embridó el ímpetu de Pedro que el nazareno fue incapaz de mitigar. Cristo llevó a cabo una operación de sincretismo entre las ideas de los fariseos y la esencia del pensamiento griego. Los artífices de la cultura occidental anteriormente habían legitimado la autoridad del hombre por encima de la de la mujer.

Ahora, mi interlocutor, lector asiduo de Camus, aseguraba encontrarse elaborando su propia versión de las Sagradas Escrituras. ¿Quién vendría después de él a declarar la primacía del progreso y la razón?

Homero había comprendido el objeto de aquella situación desproporcionada. Era su obligación darle continuidad a

este curso (posiblemente ilusorio) de sucesos que llamamos Historia:

—El hombre es tan inventivo que, para satisfacer el ansia de respuestas, vuelve frecuentemente su rostro hacia el pasado —dijo.

Pagó las Quilmes y se marchó.

La siguiente noche, atravesado por el desconcierto, decidí volver al almacén. Homero no se presentó. Tampoco la noche siguiente ni la siguiente. Buscarlo en cada una de las chacritas de la provincia equivalía a incurrir en un despropósito: Homero había descrito generalidades; las ciudades y pueblos de La Pampa se encuentran dispuestos más o menos de la misma manera; no hacía ninguna diferencia la mención de un parque central, cercado por ayuntamiento, numerosos almacenes y un hotelito; tampoco el río ni el clima tórrido en verano ni las restauraciones recurrentemente emprendidas por cualquier autoridad para defalcicar la tesorería; probé llamando a unos cuantos hoteles; si di con el correcto, un dependiente que cumplió con el burocrático trámite de verificar el pasaporte de quien se registra me habrá negado la información.

Pasaron semanas enteras de baladíes asistencias al almacén hasta que finalmente desistí. Seis meses más tarde, navegando en la web, me topé inesperadamente con el trágico desenlace de Homero y Esther.

El hermano de Esther, la pareja de su madre, una amiga y varios vecinos habían dado parte a las autoridades mexicanas de la desaparición de Remedios Galmiche. La Interpol había seguido la pista de los principales sospechosos, su

hija y su yerno, hasta la localidad de Santa Isabel.

Imaginé la noche en que La Pampa reposaba bajo la claridad del cielo nocturno. Algún grillo habrá estado chirriando y la luna, oculta por encima de algunas nubes, apenas iluminaría el camino de terracería. En aquel contexto, Homero, obstinado vigilante, habrá advertido sin duda el sonido del motor y las luces del vehículo oficial que se aproximaba. Le habrá dado tiempo de despertar a Esther y salir corriendo al descampado. Avanzarían hasta el acantilado y ahí, consciente de que la carrera había llegado a su fin, él le comunicaría su determinación a Esther. Ella le habrá sujetado fuertemente del cuello y prodigado un beso de asentimiento en la frente, antes de saltar juntos al vacío.

El hijo y la pareja de Remedios Galmiche conservaban las esperanzas de hallarla con vida, ante la imposibilidad de obtener informes sobre su paradero por parte de los presuntos responsables de su desaparición.

Quise tomar la ausencia del cuerpo como una confirmación de las palabras de Homero. ¿Era posible un agujero negro? Desde nuestra charla yo me había hallado inmerso en un ávido empeño por invalidar sus palabras. Sin embargo, no encontré argumentos con los cuales objetar que la ciclicidad del pensamiento humano corresponde al curso ordinario de la historia. La sensación de hallarme a la deriva —desamparado tripulante del tiempo— había ido en aumento, hasta que finalmente recordé el corolario de su prédica (*el hombre es tan inventivo que, para satisfacer el ansia de respuestas,*

vuelve frecuentemente su rostro hacia el pasado) y centré mi atención en el comportamiento de los griegos. Estos consideraban irracional oponerse a las fuerzas naturales. Homero así lo había comprendido y, ante la evidencia incontrovertible (¡yo mismo había encontrado un modelo —el griego— al cual sujetarme!), asimilé por fin mi papel de discípulo.

En cuanto a la ciclicidad del pensamiento había dicho verdad; los agujeros negros, o azules o verdes, eran lo de menos: hay quien defiende la ascensión, la aparición de Cristo en el camino de Saulo a Damasco o la repentina manifestación de vírgenes en los charcos y en la humedad de las paredes. Hay por tanto en el mundo lugar para otros milagros.

Si estas líneas representan el evangelio de un testimonio inspirado —e, invocando a uno de los muchos textos sagrados del pasado, *toda escritura es inspirada por Dios*— a Esther, la motivación de Homero, corresponde plenamente la condición divina. Queda pendiente su réplica. Que así sea.

Todos queremos a Nora

La ansiedad lo estaba rebasando. Temía que se desbordara en cualquier momento. Silvio miró la ventana y comenzó a pensar por primera vez en apresurar el desenlace: sus últimos días no tenían por qué degenerar en aquel exhaustivo registro de las horas. Con decisión se retiró del escritorio y caminó con creciente dificultad hacia el alfeizar; lo interrumpió el golpeteo sobre la puerta de su apartamento.

Nora le sonrió, recortada bajo las pálidas jambas de madera. Era una joven delgada, de gestos comedidos y un cabello lacio que se le derramaba hasta la mitad de la espalda.

—Vecino, quería pedirle un favor.

Él la miró con desconcierto. Se había mudado seis meses antes al edificio y nunca habían cruzado tantas palabras. Entonces vio el recipiente, chato y azul, que sostenía en las manos. Silvio lo recibió y se hizo a un lado, invitándola a pasar. Señaló el sillón grande de la estancia, y entró en la cocina. Nora escuchó unos cuantos tintineos; Silvio reapareció en la sala y le devolvió su recipiente.

Nora sintió curiosidad por el silencio obstinado de su vecino:

—Cuánta elocuencia —arriesgó, y dejó escapar una risilla que estremeció a Silvio.

—Lo siento —dijo él, sin saber bien por qué, y no supo cómo continuar.

Para amortiguar un poco la incomodidad creciente, Nora miró a su alrededor. Distinguió varias fotografías en las paredes; dos o tres reconocimientos

ocupaban sitios privilegiados sobre el muro más amplio y expuesto de la sala. Se aproximó a uno de ellos; dándole la espalda a su anfitrión, le preguntó desde hacía cuánto se dedicaba a su profesión.

—Unos quince años —confesó Silvio.

Acostumbrada a las adulaciones que buscaban disimular el deseo de llevársela a la cama, no había llamado a la puerta de Silvio plenamente convencida. Había supuesto que hacerlo implicaría ingresar voluntariamente a la cueva del lobo. Sin embargo, la moderación de su anfitrión le resultaba agradable. Se despidió y, ya en su cocina, le echó dos de azúcar al café.

A las nueve menos quince llegó a la oficina y se concentró en el trabajo. Durante el almuerzo, recordó al solitario y callado vecino. Se preguntó si le gustaría salir a tomar juntos una cerveza. Decidió sugerírselo tan pronto volviera al complejo departamental.

Antes de doblar la esquina de su acera, reconoció las estridentes luces de una patrulla y una ambulancia; habían acordonado el acceso principal de su edificio y los vecinos, agitados, pugnaban por hacerse un sitio desde el que pudieran apreciar la grotesca escena: el cráneo de Silvio se había hecho astillas contra el concreto.

Tan pronto retiraron el cuerpo y se dispersó la multitud, Nora subió conmocionada las escaleras hasta el cuarto piso. Pese a su resolución de no hacerlo, dirigió una mirada hacia la puerta que el occiso le había abierto aquella mañana, y se encontró con la figura de dos ministeriales que fumaban y la observaban significativamente.

Intentó desentenderse del gesto que el más bajito y uniformado hizo

al más alto y vestido con una gabardina raída, percutida y sucia. Sentada en el sillón de la estancia, permaneció en penumbras con la mente en blanco. Se apoderó de ella una suerte de abatimiento. Varios golpes apresurados y perentorios sobre su puerta interrumpieron el silencio; Nora se sobresaltó. Dio un respingo y vaciló entre pararse o responder al llamado. Se enderezó aturdida, y aturdida avanzó hasta la puerta. Encuadrados bajo el marco, los ministeriales la saludaron empleando una cortesía con cierto matiz de tosquedad. ¿Podían pasar?

—¿Qué se les ofrece? —interpuso Nora, insegura.

—Solo queremos hablarle un momento. ¿Le molesta si encendemos la luz? —dijo el ministerial alto de la gabardina, apartándola y auscultando la pared de la estancia; accionó el interruptor y los contornos imprecisos del mobiliario se esclarecieron en el acto. Sin transición, espetó:

—¿Qué tanto conocía a su vecino? El *arrojadizo* —en su rostro, una sonrisa mordaz contrajo las mejillas y sesgó más los ojillos de por sí felinos.

Nora se dirigió hacia la cocina y preguntó si se le ofrecía un café.

—Con un vaso de agua basta. La gastritis —explicó. La observaba parado desde el centro de la sala, junto al sillón grande. Respetó el silencio reconcentrado de la mujer, aunque sus ademanes reflejaban la impaciencia del déspota acostumbrado a las respuestas inmediatas. El policía uniformado permanecía bajo las jambas.

El chirrido de la cafetera sacó a Nora de su ensimismamiento. Tan pronto alcanzó el tarro oblongo y azul se paró en seco. Colocó dos de azúcar en una taza, se sirvió el brebaje negro, sin crema

o leche, y regresó donde el oficial, cargando la taza y un vaso de cristal traslúcido. Los colocó en una mesa baja, delante del sillón grande. Tan pronto tomó asiento, se encontró con los ojos exasperados y agresivos del oficial, quien ocultaba sus impulsos más arbitrarios bajo una sonrisa convencional, no carente de cierta acidez. El sujeto la amedrentaba.

—Disculpe, ¿quién es usted? —dijo, procurando dilatar el momento de abordar los pormenores referentes a la visita de aquella mañana.

El oficial extendió discretamente la solapa de su gabardina:

—El teniente Nicolás Gameiro. El de la puerta es el sargento Diógenes Patraca.

Nora asintió en silencio.

—No habíamos hablado nunca, hasta esta mañana —declaró por fin. En una libretita, extraída de algún bolsillo, Diógenes comenzó a tomar apuntes.

—Tengo entendido que usted vive aquí desde hace seis meses —inquirió, enarcando una ceja inquisitiva.

Ella se sobresaltó. ¿Cómo lo sabía? Diógenes continuaba apuntando.

—¿Tiene alguna idea de la ocupación del extinto inquilino?

A Nora le chocaba su crudeza; su natural tendencia a enfatizar palabras como arrojadizo y extinto revelaban una crueldad poco usual: se regodeaba con el suicidio de una persona reservada, cuyos sufrimientos ella no había sido capaz de intuir a tiempo. Tal vez, si le hubiese hecho la invitación desde temprana hora, si el foco se le hubiese iluminado mientras se extendía el incómodo silencio durante el cual pensó estar jugando ella el papel inoportuno...

—Lo averigüé esta mañana — asintió —. Tenía varios reconocimientos y fotografías en las paredes.

Diógenes no paraba de deslizar el lápiz sobre la libreta.

—El tipo de personas a las que la sociedad admira, refleja el grado de enfermedad colectiva —apuntó, manifestando su reprobación con un movimiento de cabeza— ¿Alguna vez leyó alguno de sus libros?

Nora negó. ¿Qué tenía qué ver todo aquello con ella o con el suicidio de Silvio?

—Aprenda a respetar —demandó, porque la exasperaba la actitud del teniente, no porque practicara un respeto reverencial hacia la muerte.

El teniente dejó escapar una carcajada estrepitosa, que mitigó por completo el intempestivo arranque temerario de Nora. La piel de ella se erizó y sintió cómo el cuerpo se le ovillaba, arrellanándose más y más en la mullida superficie del sillón. Gameiro, que hasta entonces había permanecido en pie, se inclinó hacia ella; asumiendo un aire didáctico, dijo:

—Debe aprender a prestar mayor atención a su entorno.

Con la mano siniestra extendida hacia Diógenes, chasqueó los dedos. El sargento acudió al llamado de su superior; entre el brazo y el costado derechos prensaba un *lefort*, en el cual Nora no había reparado. Se lo extendió a Gameiro, rehízo el camino hasta las jambas de la puerta y ocupó nuevamente su puesto de centinela. Gameiro buscó ágilmente una hoja; indicándole una línea con el dedo, le pidió a Nora que leyera. Ella obedeció. Sin comprender al principio las palabras, deslizó sus ojos tensos e inquietos por las páginas escritas a computadora; paulatinamente fueron adquiriendo sentido

aquellas líneas. Un intenso malestar la asaltó hacia el final de la lectura.

—¿Qué es esto?! —exclamó, dejando caer la carpeta, un tanto repugnada.

—La evidencia de que necesita urgentemente prestar mayor atención a su entorno. Buenas tardes —concluyó, con la misma sonrisa esquinada de toda la entrevista. Se enderezó, luego de recoger el *lefort*. En la puerta se lo regresó a Diógenes, quien volvió a prensarlo entre su brazo y su costado.

Dejaron a Nora mirando hacia la puerta o hacia el vacío, asqueada. En el corredor, Diógenes se atrevió a preguntar:

—¿No deberíamos haber sido más rigurosos?

—La chica no tenía idea, Patraca. Hay que administrar las armas para cuando verdaderamente sean requeridas.

Sus siluetas se perdieron en la garganta de la escalera. Nora se mantuvo atenta a sus últimos pasos, cada vez más lejanos, observando el vaso de agua que el teniente había dejado intacto. Mientras los últimos ecos se extinguían, repasó las palabras del extinto novelista. ¿Representaban la confesión tácita de un posible criminal, o no pasaban de ser el apunte de un argumento en el que, sin embargo, tanto los nombres reales de sus protagonistas, como el orden cronológico de las acciones, habían sido respetados?

El texto comenzaba: «Todos queremos a Nora». Después, detallaba una estrecha vigilancia, cuyo principio se remontaba al mismo día en que llegó al edificio. Cada mañana, Silvio había esperado que el reloj marcara las ocho y media, para observarla desde la mirilla. Justo debajo de la ventana de su departamento se hallaba el acceso principal del edificio.

Tan pronto Nora desaparecía en el hueco de las escaleras, se trasladaba a este almiar y la observaba perderse entre la multitud o en la esquina de la cuadra. A las cinco de la tarde en punto, Silvio aguardaba su retorno al complejo. La veía llegar un poco más desaliñada, un poco más encorvada y disminuida, de como se había marchado, afirmaba el escrito. Pero la ansiedad no se detenía ahí. El novelista permanecía alerta, porque Nora tenía el hábito de salir dos o tres noches por semana.

Silvio había ponderado inicialmente la posibilidad de hablarle o no hablarle. A través de un catálogo de pros y contras, le había sido posible a Nora deducir una personalidad vacilante y tímida. En algún momento, se planteó abordarla de tal forma que el encuentro pareciera accidental, e incluso, más adelante, confesaba haber decidido abrir la puerta mientras Nora abandonaba su departamento para trasladarse al trabajo, pero inmediatamente pasaba a recriminarse esa «maldita inseguridad innata», que había «interferido desde la más tierna juventud su felicidad».

La primera evidencia de una lujuria insana (terminó por concluir Nora, tras evocar una y otra vez las nítidas imágenes que le había dejado el texto), se presentaba bajo la apariencia del deseo sexual más común: una escena erótica que Silvio no había podido apartar de sus pensamientos; la imaginaba entre sus brazos, besándole el cuello, deslizando sus manos por la generosa orografía del cuerpo de ella. El anhelo contenido se desbordaba mediante detalles cada vez más perturbadores, por el hecho de irse volviendo minuciosos. «Si no puedo tenerla por voluntad propia, tendré que tomarla a la fuerza», había declarado Sil-

vio en cierto punto, determinación que cobraba fuerzas e incurría en especificaciones de tiempos y lugares conforme la reiteraba en las páginas del escrito.

Intempestivamente se interrumpía la soez planificación, y Silvio exponía los diversos matices de una pena profunda. El incidente detonador había sido la visita que un «individuo agraciado y hercúleo» le hizo a Nora a los dos meses de haberse mudado al edificio. Tan pronto escuchó que llamaban a su puerta, Silvio se había abalanzado sobre la mirilla. «Jamás podría asemejarme a un sujeto como aquel, porque mis intereses distan mucho de los valores contemporáneos, que incitan a las personas a invertir horas en el gimnasio y consumir pienso para ganado», fueron las palabras con que Silvio concluyó la compungida comparación entre él y el sujeto que entró y permaneció al menos dos horas dentro del apartamento de Nora: «A lo que estuvieron haciendo difícilmente podía atribuírsele el calificativo de enigmático».

No volvió a ver al visitante, y esto lo tranquilizó provisionalmente, solo para que un evento similar interrumpiera, algunas semanas más tarde, su tranquilidad: Nora recibió a otro invitado. «Si es que acaso es una puta, mi timidez no tiene el menor sentido»: recordar esta invectiva hacía a Nora perder los estribos; el desconcierto y la conciencia del riesgo en que estuvo viviendo acaparaban su atención: Silvio había vuelto a retomar el ominoso proyecto de poseerla por la fuerza; la presencia de un tercer invitado, un par de semanas antes de su suicidio, interrumpía las cavilaciones sobre este asunto.

Un tautológico «Todos queremos a Nora» comenzó a repetirse, con la obstinación del tictac de un reloj de mane-

cillas: hacía referencia a cada uno de los invitados masculinos que Nora había tenido; hacía menoscabo de la figura pusilánime del propio Silvio, «puesto que, de todos sus pretendientes, soy el más ridículo: me guardo este anhelo; inconfeso, me pulveriza». En un desesperado intento por vindicarse, declaraba: «al menos habré de ser el último de sus amantes».

Le costó a Nora reprimir las ganas de vomitar. La resolución ulterior de Silvio apenas enmendaba aquel sentimiento de contrariedad que había comenzado a dominarla desde que el teniente Gammeiro le había presentado el *lefort*:

«Me cuesta vivir con este deseo, el paso de las horas señaladas por el reloj se me impone como un flagelo cada vez más intolerable. En mi papel de creador, comprendo por qué Dios terminó agotado después del sexto día: estas páginas dicen más de mí que cualquier otra cosa; si la creación de Dios no resultó buena, si es cruel, cruda, *lujuriosa*, esto revela la verdadera condición de Dios: no es toda bondad, es perverso.»

Jamás se atrevería a tocarle un pelo; no tenía el valor de hablarle, mucho menos de agredirla. La única escapatoria al flagelo del tiempo, a la necesidad permanente de vigilarla, era el suicidio.

El relato concluía con el encuentro de aquella mañana: «Estuve a punto de amordazarla. Me contuve. Tanto invertí mis energías en no hacerle daño, que apenas pude responder, lacónicamente, a sus cuestionamientos. Afortunadamente para ella, desafortunadamente para mí, soy un moralista».

Estas palabras finales resonarían un buen tiempo en la cabeza de Nora, se repetirían con la obstinación del reloj que torturó a Silvio.

Índice

La brecha 9

La mujer que fue Dios 21

Todos queremos a Nora 35



TABASCO
CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Adán Augusto López Hernández
Gobernador del Estado de Tabasco

Ramiro Chávez Gochicoa
Secretario de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento a la Lectura
y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura



En llanuras insulares, el delirio, se terminó de imprimir el 21 de diciembre de 2020. Yax-ol, calle Corregidora Josefá Ortiz de Domínguez. Col. Centro. Cárdenas, Tabasco, México. Para su composición se utilizaron tipos Chaparral Pro. El tiraje fue de 300 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de Luis Acopa y de la Dirección de Publicaciones y Literatura.

